

EL PITUSÍN DE GALDÓS Y PERUCHO DE PARDO BAZÁN: PRIMOS HERMANOS DEL NATURALISMO

Robert W. Dash

Dos de las novelas más importantes de la década de 1880 se publicaron con pocos meses de diferencia: *Los pazos de Ulloa*, de doña Emilia Pardo Bazán, en 1886, y *Fortunata y Jacinta*, tomos I, II, III, en enero-mayo-diciembre de 1886; tomo IV, en junio de 1887¹. Los dos autores ya mantenían una estrecha relación profesional y personal, comunicándose y reuniéndose desde hacía varios años².

Galdós ya se había establecido como autor entregado al naturalismo con la publicación de *La desheredada* (1881) y la Pardo Bazán con la polémica estallada por su serie de artículos «La cuestión palpitante». Esta monografía no pretende estudiar el naturalismo, sino el uso de dos personajes menores representativos del naturalismo y su función en sendas novelas.

En *Fortunata y Jacinta*, Jacinta, obsesionada por darle un heredero a Juanito Santa Cruz, ya conoce la historia de las veleidades de Juanito con Fortunata por las confesiones hechas durante el viaje de novios. En una visita de José Ido del Sagrario al hogar de los Santa Cruz, José Ido del Sagrario le pide ropa a Jacinta para los niños necesitados en la casa donde vive. Al contarle que doña Guillermina ya había repartido ropa entre los pobres, revela la existencia de un niño de la edad del hijo de Juanito y Fortunata.

Lo mejor fue para los hijos de la *señá* Joaquina y para *el Pitusín*, el niño ese..., ¿no sabe la señora?, ese chiquitín que tiene consigo mi vecino Pepe Izquierdo..., un hombre de bien, tan desgraciado como yo... No le quiero quitar *al Pitusín* la preferencia. comprendo que lo mejor debe caerle a él, por ser de la familia.

* * *

¹ L. B. WALTON, *Pérez Galdós and the Spanish Novel of the Nineteenth Century* (New York, 1970), pág. 237.

² Carmen BRAVO-VILLASANTE, *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán. Correspondencia amorosa con don Benito Pérez Galdós* (Madrid, 1973), pág. 142; *Cartas a Benito Pérez Galdós (1889-1890). Emilia Pardo Bazán* (Madrid, 1975), pág. 2.

—*El Pitusín* —prosiguió Ido, tomándose más confianza y bajando más la voz— es un nene de tres años, muy mono por cierto, hijo de una tal Fortunata...

* * *

... lo que sí sé es que, naturalmente, es hijo de su esposo de usted, el señor don Juanito de Santa Cruz³ (BPG, OC, II, pág. 528).

Picada ya de la curiosidad de conocer al tal nene, hace «una visita al cuarto estado» en compañía de Guillermina. El primer encuentro con *el Pitusín* es en las habitaciones de Ido. «Este no necesitó más que verla venir; y saliendo rápidamente del cuarto volvió al poco con una criatura de la mano» (BPG, OC, II, pág. 593).

III

—¡El Dulce hombre...! —exclamó la Pacheco viendo entrar aquel adefesio, y todos los demás lanzaron una exclamación parecida al mirar al niño, con la cara tan completamente pintada de negro, que no se veía el color de su carne por parte alguna.

Sus manos chorreaban betún, y en el traje se habían limpiado las suyas asquerosísimas los otros muchachos. *El Pitusín* tenía el cabello negro. Sus labios rojos sobre aquel chapapote superaban al coral más duro. Los dientecillos le brillaban cual si fueran de cristal. La lengua que sacaba, por tener la creencia de que todo negrito, para ser tal negrito, debe estirar la lengua todo lo más posible, parecía una hoja de rosa (BPG, OC, II, pág. 539).

Jacinta reacciona instintivamente como una madre: «—¿Será veneno eso? —observó Jacinta alarmada—. Que le laven. ¿Por qué no le laven?... —¡Pobrecito, cómo está...!» (BPG, OC, II, pág. 539). Es de notar que la reacción de Jacinta ante la cara negra se asocia primero con «la mancha del pecado (que) era tal, que aun a la misma inocencia extendía su sombra» (BPG, OC, II, pág. 539). Galdós, el narrador omnisciente, influye afectivamente en la reacción del lector con los símiles positivos del «coral duro de sus labios, el cristal de sus dientecillos (con diminuto afectivo) y su lengua hoja de rosa». Jacinta le dirige sus primeras palabras: «— Sí volveremos... Pero que le laven... ¡Pobre niño! Debe de estar en un martirio horrible con ese emplasto en la cara. Di, tontín: ¿quieres que te laven?» (BPG, OC, II, págs. 539-540).

La segunda visita la hace Jacinta acompañada de la doncella y esta vez dan con José Izquierdo, *Platón*. Encuentran «al *Pituso*, que asomando por entre el ciego grande y el chico, atendía con toda su alma a la música, puesta una mano en la cintura y la otra en la boca» (BPG, OC, II,

³ Todas las citas en las que van indicados entre paréntesis BPG, el tomo y la página del texto de *Fortunata* y *Jacinta* proceden del segundo tomo (novelas, serie contemporánea) de la edición de 1970 de *Obras Completas de Benito Pérez Galdós*, Aguilar, Madrid.

pág. 549). Quiriendo Jacinta encontrar un parecido entre *el Pituso* pequeño y el grande, vacila entre encontrarlo y no encontrarlo. Su deseo es demasiado grande y al examinarle no puede sino reaccionar positivamente, encontrando la perfección de la fisionomía de su marido en el Pitusín.

—Anda, *Piojín*, y da un beso a esta señora.

El nene, en pie, se resistía a dar un paso hacia adelante. Estaba como asustado y clavaba en la señora las estrellas de sus ojos. Jacinta había visto ojos lindos, pero como aquellos no los había visto nunca. Eran como los del Niño Dios pintado por Murillo (BPG, OC, II, pág. 550).

Conviene recordar aquí que Juanito le había confesado a Jacinta durante una borrachera en el viaje de novios que «Fortunata tenía los ojos como dos estrellas» (BPG, OC, II, pág. 493). La apoteosis del *Pitusín* se va formando.

Hasta aquí, Galdós se ha limitado a servirse de los apodos para referirse al niño: *Pitusín*, *Piojín*, *Pituso* chico, nene, niño... y sin más ni más revela el nombre del niño afirmando tanto para Jacinta como para el lector la paternidad del niño. «—¿Cómo estás hoy tan serio y ayer te reías tanto y me enseñabas tu lengüecita?

Estas palabras rompieron el sello a la seriedad de Juanín...» (BPG, OC, II, pág. 493).

Para comparar la presentación de los dos niños, en el texto de *Los pazos de Ulloa* vemos que el primer encuentro con Perucho es parecido en su animalización y la situación en que ya conocimos al Pitusín. Julián Alvarez, con una inocencia y falta de conocimiento del lugar tan ajeno a su experiencia como Jacinta en el «cuarto estado», llega a los pazos de Ulloa. En la descripción de los pazos, doña Emilia emplea los mismos vocablos de luz oscura que utiliza Galdós para describir la casa del «cuarto estado». La entrada central del pazo parece cerrada y entran por un postigo lateral. Penetran por varios corredores sombríos hasta llegar a una especie de sótano que parecía haber sido la bodega. Los rudos muebles coinciden en su descripción con los de la casa de Ido y de *Platón*. Pero lo más destacado es el descubrimiento del niño entre los perros.

... Julián creyó al pronto que se habían aumentado el número de los canes, tres antes y cuatro ahora; pero al entrar el grupo canino en el círculo de viva luz que proyectaba el fuego, advirtió que lo que tomaba por otro perro no era sino un rapazuelo de tres a cuatro años cuyo vestido, compuesto de chaquetón acastañado y calzones de blanca estopa, podía desde lejos equivocarse con la piel bicolor de los perdigueros, con quienes parecía vivir el chiquillo en la mejor inteligencia y más estrecha fraternidad⁴ (EPB, OC, I, pág. 171).

⁴ Todas las citas en las que van indicados entre paréntesis EPB, el tomo y la página del texto de *Los pazos de Ulloa* proceden del primer tomo (novelas/cuentos) de la cuarta edición de la reimpresión de 1973 de *Obras Completas de Emilia Pardo Bazán*, Aguilar, Madrid.

Julián, al ver que una de las perras le había mordido durante el reparto de la comida, reacciona: «... se compadeció del chiquillo, y, bajándose, le tomó en brazos, pudiendo ver que, a pesar de la mugre, la roña, el miedo y el llanto, era el más hermoso angelote del mundo» (EPB, OC, I, pág. 171). Estas palabras combinan una serie bien seleccionada de sustantivos negativos con diminutos afectivos que hacen que el lector, desde el diminutivo «chiquillo», pasando por los sustantivos negativos de «mugre, roña, miedo y llanto», hasta llegar a «angelote», tenga para con el niño una compasión especial, viéndole como víctima del medio ambiente en que vive.

La escena que sigue es, tal vez, una de las que más impresión deja en el lector y una de las más reproducidas como ejemplo del naturalismo de la ilustre escritora gallega. Con la complicidad del padre (don Pedro, que no reconoce al hijo) y la madre, Sabel, Primitivo, el abuelo del niño, se dedica a emborrachar a éste durante la comida, poniendo en peligro hasta su vida. Julián se escandaliza y trata de intervenir inútilmente. De aquí en adelante, el lector se da cuenta de la tarea imposible que tiene por delante Julián de traer la civilización al pazo. El niño Perucho sirve como punto de partida en la lucha de Julián de llevar la razón a la barbarie y plantea, de una vez, el tema en que el niño es el producto de su medio ambiente. «—¡Por Dios y por la Virgen! —imploró Julián—. ¡Van a matar a esa criatura! Hombre, no se empeñe en emborrachar al niño; es un pecado, un pecado tan grande como otro cualquiera. ¡No se pueden presenciar ciertas cosas!» (EPB, OC, I, pág. 173).

Perucho representa un papel en *Los pazos de Ulloa* relativo a Julián como el que veremos entre Juanín y Jacinta, en que se empeñan los mayores en educarles en el aseo personal y darles una formación que los pequeños ni quieren ni les interesa a ellos ni a los otros personajes más allegados a ellos. «Aumentábase su compasión hacia Perucho, el rapaz embriagado por su propio abuelo; ... y determinó consagrar algunas horas de las largas noches de invierno a enseñar al chiquillo el abecedario, la doctrina y los números» (EPB, OC, I, pág. 182).

En su habitación pudo el capellán notar, mejor que en la cocina, la escandalosa suciedad del angelote. Media pulgada de roña le cubría la piel, y en cuanto al cabello, dormían en él capas geológicas, estratificaciones en que entraba tierra, guijarros menudos, toda suerte de cuerpos extraños. Julián cogió a viva fuerza al niño, le arrastró hacia el aguamanil, que ya tenía bien abastecido de jarras, toallas y jabón. Empezó a frotar. ¡María Santísima, y qué primer agua la que salió de aquella empecatada carita! Lejía pura, de la más turbia y espesa. Para el pelo fue preciso emplear aceite, pomada, agua a chorros, un batidor de gruesas púas que desbrozasen la virgen selva. Al paso que adelantaba la faena iba saliendo a luz bellísimas facciones, dignas del cincel antiguo, coloreadas con la pátina del sol y el aire; y los bucles, libres de estorbos, se colocaban artísticamente como en una testa de Cupido, y descubrían un matiz castaño dorado, que acababa de entonar la figura. ¡Era pasmoso lo bonito que había hecho Dios a aquel muñeco!

Todos los días, que gritase o que se resignase el chiquillo, Julián le lavaba así antes de la lección (EPB, OC, I, pág. 183).

La metamorfosis del feo gusano en bella mariposa, la apoteosis del animal en la figura mitológica de Cupido se va completando. El autor abandona la terminología animalística a favor de la poética.

El primer contacto físico de Jacinta con *el Pituso* despierta en ella una tremenda pena y compasión. Con el deseo de encontrarle el parecido con Juanito, despierta la rabia de verle la belleza halagada de Fortunata. La verdad, la sabremos después, de que la tal belleza del angelote ni proviene de Fortunata ni de Juanito, sino de los deseos de Jacinta. El contraste entre la ropa que le quiere vestir Jacinta al niño y su estado semidesnudo despierta en ella la misma reacción que Julián experimenta al verle las semidesnudas carnes de Perucho.

Doña Emilia nos presentará un personaje que ha de padecer las mismas infidelidades de su marido como las sufre Jacinta. La llegada al pazo de Nucha, enfermiza esposa del marqués, nos ofrece la misma imagen de la esposa que encuentra el fruto de las veleidades de su marido antes de casarse. Esta vez es también la diferencia de clase que hace posible que el instinto de procrear predomine. Como ya lo sabe el lector, Perucho es el producto del amancebamiento de Sabel, la criada/cocinera, y el amo. Julián, en su inocencia, no lo adivina y es el cura de Naya que le revela la verdad. Al contrario del caso de Jacinta que va en busca del supuesto hijo de su marido, Nucha descubre a Perucho cuando éste roba los huevos que tanto desea para su tortilla la esposa del amo. Es interesante notar que es el huevo que introduce a Fortunata en la vida de Juanito y el huevo que une a Nucha al hijo bastardo de su marido. Al descubrir el encuentro, utiliza una terminología que ya descubrimos en el encuentro de Jacinta con el Pituso y Julián con Perucho.

Nucha permanecía más diligente al cacareo delator, divisó agazapado en el fondo del gallinero, escondiéndose como un ratoncillo, a un rapaz de pocos años...

—¡Ah, pícaro! —exclamó Nucha, cogiéndole y sacándole afuera, a la luz del corral—. ¡Te voy a desollar vivo, gran tunante! ¡Ya sabemos quién es el zorro que se come los huevos!

* * *

—¡Déjemelo usted, don Julián!... —suplicó ella—. ¡Qué guapo, qué pelo, qué ojos! ¿De quién es esta criatura?

* * *

—¡Qué monada! ¡Dios le bendiga! ¿Cómo te llamas, pequeño?

—Perucho —contestó el pilluelo con sumo desenfado.

—¡Es el nombre de mi marido! —exclamó la señorita con viveza—. ¿Apostamos que es su ahijado? ¿Eh?

—Es su ahijado, su ahijado —se apresuró a declarar Julián, que desea-

ría ponerle al chico un tapón en aquella boca risueña, de carnosos labios cupidinescos (EPB, OC, I, pág. 220).

Otra vez nuestra novelista gallega recurre a la terminología mítica y apoteósica en la descripción del niño.

La imagen de ángel o angelote es constante en las dos novelas. Hasta en las escenas en que Perucho es testigo del violento asesinato de su abuelo, su inocencia se resalta en el uso del apelativo. La única reacción negativa se presenta como injusta. Perucho, que tiene extraordinarios poderes calmantes sobre Manolita, hija de Nucho y don Pedro, se encuentra en la más inocente actividad de un baño con Manolita cuando de repente Nucha le arranca «de golpe a su hija de los brazos de Perucho» (EPB, OC, I, pág. 251). Tanto Perucho, Julián, la autora y el lector reconocen este acto de separación como injusto. Nucha, en este momento, se da cuenta de que Perucho es hijo de su marido. La afectividad del apelativo «angelote» aquí hace que el lector le considere víctima de una injusticia.

En *Fortunata y Jacinta*, después de consultar con su suegra Barbarita, Jacinta decide poner a prueba la autenticidad del linaje y convencer a todos de su convicción. A través de la astucia de Guillermina, logra llevar a Juanín a casa de su hermana Benigna. Es Nochebuena y después de comprarle los tradicionales regalos en la Plaza Mayor y de alimentarle con las golosinas de la fecha, llegan a la casa de Villuendas. El contraste entre la pobreza propia y la riqueza ajena se hace más patente, pues al *Pituso* Guillermina «le depositó sobre un voluminoso fardo que contenía... ¡1.000 onzas!» (BPG, OC, II, pág. 568).

Entre las primeras tareas planteadas es bañarle al niño para deshacerse de su pasado; una especie de bautismo. Se recuerda la escena del baño de Perucho en *Los pazos de Ulloa*, que se repite en *Fortunata y Jacinta*.

—Lo primero es que le lavemos.

—No se va a dejar —indicó Jacinta—. Este no ha visto nunca el agua. Vamos arriba.

Subiéronle, y que quiera que no, le despojaron de los pingajos que vestía y trajeron un gran barreño de agua. Jacinta mojaba sus dedos en ella, diciendo con temor:

—¿Estará muy fría? ¿Estará muy caliente? ¡Pobre ángel, qué mal rato va a pasar!

Benigna no se andaba en tantos reparos, y, ¡pataplum!, le zambulló dentro, sujetándole brazos y piernas. ¡Cristo! Los chillidos del *Pituso* se oían desde la Plaza Mayor. Enjabonáronle y restregáronle sin miramiento alguno, haciendo tanto caso de sus berridos como si fueran expresiones de alegría. Sólo Jacinta, más piadosa, agitaba el agua queriendo hacerle creer que aquello era muy divertido. Sacado al fin de aquel suplicio y bien envuelto en una sábana de baño, Jacinta le estrechó contra su seno, diciéndole que ahora sí que estaba guapo. El calorcillo calmaba la irritación de sus chillidos, cambiándolos en sollozos, y la reacción, junto con la limpieza, le animó la cara, tiñéndola de ese rosicler puro y celestial que tie-

ne la infancia al salir del agua. Le frotaban para secarle, y sus brazos torneados, su fina tez y hermosísimo cuerpo producían a cada instante exclamaciones de admiración.

—¡Es un Niño Jesús..., es una divinidad ese muñeco! (BPG, OC, II, págs. 569-570).

La comparación con el Niño Jesús, precisamente en Nochebuena, es más que apta, pues es la misma apoteosis cristiana, la conversión del animal pagano con sus berridos y chillidos en Dios en carne de hombre. El vocabulario contrasta la animalización con la divinización.

El comportamiento bárbaro de Juanín en casa de Benigna hace hincapié en el error de Jacinta en creerle de la estirpe de los Santa Cruz. Hay que recordar que en una de las primeras visitas a la casa de Izquierdo el *Pituso* le soltó la palabrota «—¡Putona» (BPG, OC, II, pág. 552) y al preguntarle ahora si tiene ganas de comer cosas finas como mazapán y sopa de almendra, responde con un rotundo «—¡Patata, hostia!» (BPG, OC, II, pág. 570). Al volver Jacinta a casa de Benigna al día siguiente, le reciben los sobrinos con noticias de las barbaridades cometidas por el intruso.

¡Vaya con lo que había hecho Juanín!... Empezó por arrancarles la cabeza a las figuras del nacimiento..., y lo peor era que se reía al hacerlo, como si fuera una gracia. ¡Vaya una gracia! Era un sinvergüenza, un desalmado, un asesino. ... La mamá adoptiva no había podido obtener de él una respuesta, y las acusaciones rayaban en frenesí. Se le echaban en cara los delitos más execrables, y se hacía burla de él y de sus hábitos groseros.

—Tiita, ¿no sabes? —decía Ramona, riendo—. Se come las cáscaras de naranja...

—¡Cochino!

Otra voz infantil atestiguó con la mayor solemnidad que había visto más. Aquella mañana, Juanín estaba en la cocina royendo cáscaras de patata. Esto sí era marranada.

Jacinta besó al delincuente, con gran estupefacción de los otros chicos.

—Pues tienes bonito el delantal.

Juanín tenía el delantal como si hubiera estado fregando los suelos con él. Toda la ropa estaba igualmente sucia.

—Tiita —le dijo Isabelita, haciéndose la ofendida—. Si vieras... No hace más que arrastrarse por los suelos y dar coces, como los burros. Se va a la basura y coge los puñados de ceniza para echárnosla por la cara...

* * *

—Hija, no he visto un salvaje igual... Esta mañana se me orinó en la sala... también se quería comer una vela.

—No hay medio de hacerle comer más que con las manos... (BPG, OC, II, págs. 573-574).

Barbarita, al conocer por fin al bárbaro, no ve más en él que el espejo de su hijo y le viste de la manera más ajena a los deseos del *Pituso*. El niño, sin poder aguantar el barniz de cultura que su indumentaria

implica, vuelve a sus características animalísticas. «Después se había quitado su propio calzado, porque era un marrano que gustaba de andar descalzo con las patas sobre el suelo» (BPG, OC, II, pág. 575). Después de perseguirle al pobre gato, trata de romper la lámpara del comedor con un palo. A pesar de las barbaridades, la madre y abuela postizas están dispuestas a perdonárselo todo.

Después de la comida de Navidad, Jacinta piensa hablarle a Juan del niño, pero éste le desengaña primero, confesando que el verdadero Juanín ya se había muerto. Unos días más tarde el Delfin hace la visita en compañía de Jacinta a la casa de los Villuendas. Es aquí que desenlaza la triste novela de invención de Jacinta revelando que la madre era Niculasa, hija difunta de Pepe Izquierdo, y que su padre era un probable preso en Ceuta.

¿Cómo terminar con el tema del *Pituso*? Jacinta sigue con su deseo de no abandonarle al niño, pero Juanito cree que le deben colocar en el Hospicio. Barbarita y Jacinta quieren optar por colocarle en casa de Candelaria y pasarle un mensual. Juanín, para reafirmar su ascendencia, comete una última cochinateda subiéndose a una silla y hartándose de arroz con leche, tirando el resto por el suelo y limpiándose las manos en las cortinas (BPG, OC, II, pág. 583).

Don Baldomero resuelve el conflicto de dónde colocarle optando por el asilo de Guillermina, ofreciendo pensionarle. Colocado el *Pituso*, Jacinta seguía visitándole hasta que los mimos fueran tan excesivos que Guillermina le cierra la puerta. «En los últimos días de aquel infausto año entráronle a Jacinta melancolías, y no era para menos, pues el desairado y risible desenlace de la novela *pitusina* hubiera abatido al más pintado» (BPG, OC, II, pág. 585).

La gran diferencia entre *el Pituso* y Perucho queda en el papel que toma éste al protagonizar varios episodios claves de *Los pazos de Ulloa* y de ser el protagonista de su propia novela, *La madre Naturaleza*. En *Fortunata y Jacinta*, Juanín no cobra personalidad propia y queda en estado de objeto con una función literaria de intensificar el instinto de maternidad de Jacinta. Despierta en todos una compasión tanto en doña Barbarita y don Baldomero como en el mismo Juanito. Sobre todo es el lector, aun sabiendo la verdad de la historia, que quiere verle amparando al niño.

Lo que tienen en común es que los dos son personajes netamente representativos de un naturalismo en el cual son productos de su herencia y su medio ambiente. Perucho y *el Pituso* son verdaderamente primos hermanos del naturalismo. Creados en un momento dado por dos de los novelistas más íntimamente relacionados, son, en su planteamiento y presentación, íntimamente relacionados también. El que Perucho cobre vida para protagonizar un año más tarde su propia novela, mientras Juanín no pasa más allá de la primera parte de su novela, publicada ya en enero de 1886, no les quita el parentesco.